

Discurso de Antonio Pereira

Premios Castilla y León 1999

EXCELENTÍSIMO Señor Presidente de la Junta de Castilla y León, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores, señoras y señores.

La constancia y el cuidado con que la Consejería de Educación y Cultura gobierna los Premios Castilla y León, han merecido que se hable de estos galardones como de una institución enraizada. El afán de cada convocatoria arranca cada año de una disposición oficial, pero pronto se nutre de asistencias alentadoras. Las personas o instituciones que presentan candidaturas, los Jurados que cargarán con la decisión de elegir, los premiados, los valiosos candidatos que no son premiados -y que acaso lo sean en una futura llamada-, los medios de comunicación que propagan los eventos, o este mismo acto en marco solemne, ante una notable audiencia: todo teje un rico tapiz que honra a quienes reciben la recompensa y a quienes la otorgan o acompañan. Y no es extraño que lo que arraiga cree costumbres, que luego serán protocolo y, en definitiva, tradición.

Tradición es que quien gana el Premio de las Letras, asuma desde ya el compromiso de intervenir en la ceremonia, principalmente para dar las gracias en nombre de los premiados. Tan bien y mejor que este escritor podrían hacerlo los músicos, Miguel Frechilla y Pedro Zuloaga, que por algo señala la crítica que en sus interpretaciones "hacen hablar" al piano. Y no digamos el señor cardenal: sobre la oratoria de Monseñor González Martín, sabrían dar fe sus antiguos feligreses de Arroyo de la Encomienda y de Valladolid, o sus diocesanos de Astorga, Barcelona o Toledo. Alberto Gómez Alonso está hecho a la disertación de la cátedra, sin contar con que a los pacientes, además del bisturí y la farmacopea, también los cura el poder de convicción de su médico. Y de la Guardia Civil, en fin, todos conocemos la precisión expresiva. Nuestro Delibes disciplinó su narrativa en el Código Civil, o acaso fuera el Mercantil, un texto casi poético cuando regulaba que las letras impagadas debían protestarse antes de la puesta de sol. Pues en este ejercicio de la prosa justa, son maestros los señores -y las señoras- guardiaciviles. Y nadie dudará de que quienes saben formular un atestado por delitos contra la Naturaleza podrían mejorar a quien les habla, recordemos a León Felipe cuando avisó de que no siempre para los

oficios somos buenos los del oficio, y "que nunca recemos como el sacristán los rezos, ni como el cómico viejo digamos los versos", que clara voz la del zamorano de Tábara.

Quienes hoy recogemos estos galardones hemos trabajado durante una vida más o menos larga, cada cual según la llamada de su vocación. Las medallas que luciremos y las recompensas que recibimos, tanto como premiar el recorrido ya hecho, nos animan a seguir caminando. A la Junta de Castilla y León, al Señor Consejero de Educación y Cultura, que nos ha dedicado tan generosa "laudatio", a los Jurados, gracias con toda la humildad en las formas, pero también con el limpio orgullo de haber servido.

Hasta aquí, Señor Presidente, la misión -nada gravosa- de esta manifestación de gratitud, la he desempeñado lo mejor que he sabido. Y ahora, con el permiso de Vucencia, quisiera añadir unas reflexiones personales.

La Comunidad Autónoma de Castilla y León ha sido definida como "el fruto de la síntesis de dos Reinos históricos", y su futuro no encontrará mejor garantía que la del respeto a este origen dual, sostenido día a día por los sentimientos. Los sentimientos, las vivencias íntimas, el acervo de las experiencias personales, nada de esto nos pide esfuerzo a quienes somos enamoradizos del verdor del Bierzo, oreado por la proximidad galaica, como de las piedras doradas de Salamanca o de la altivez de los Picos de Urbión.

Enamoradizos, ya que ha salido el término, éramos los de León cuando íbamos a Palencia, vean ustedes qué bonita manera de confraternidad regional. A los efectos de cortejar, en la capital del Viejo Reino el ser poeta lírico -y peor si eras poeta social- producía rentas escasas, con domingos asolados por la prepotencia de los aviadores, que ya el sábado bajaban del aeródromo con sus uniformes y la paga recién cobrada. En Palencia en cambio, quedaba sólo el recuerdo de un pintoresco batallón ciclista y apenas si se veían galones y gorras de plato por la calle muy larga donde pasaban y paseaban las chicas.

En su farmacia de los soportales, el poeta de Rocamador descifraba el mundo circundante, de vivo parentesco con el de Bardem en Calle Mayor o el de Fellini en su realismo provinciano:

Ella bordaba rosas de nostalgias

detrás de sus visillos melancólicos,

(...) y miraba a la plaza como si alguien

viniera de Madrid para cruzarla.

De Palencia volvíamos los leoneses a nuestra ciudad de espadañas y de Espadaña, quizá con un mirto de los Jardinillos de la estación entre los labios, asombrados de que el amor nos ensanchase el mundo. Alegre había sido el marchar. Pero nada había comparable con el regreso a lo más nuestro, y estos que ahora diré son versos propios de quien les habla:

Cuando coronó el alto del Portillo
que guarda la ciudad, y Dios la guarde,
me digo: Estoy en casa, estoy seguro
hasta para morir o lo que cuadre.
(...) Me acerco en paz -¿pero es que estuve lejos?-
al confuso rumor que se reparte
por las calles en sombra
cuando se hacen misterio los portales.
Y digo ¡cuánto os amo!
a vosotros, los cien mil habitantes
de esta ciudad que ni siquiera nombro,
porque todos lo saben
su nombre de carbón redondo y puro,
de trenes en la noche palpitante,
duro como una espada
que parte en dos el corazón del aire.

He traído a mi sermoncillo estos aires del pasado, aventando briznas de mi propia juventud, y no ha sido por nostalgia inane, sino porque todo tiempo vivido explica las horas siguientes, esta hora que estamos viviendo entre los muros integradores de Nuestra Sra. de Prado.

Aquella Palencia y aquel León que he tomado como ejemplo de comunicación, tienen hoy su cabal correspondencia en otras siete demarcaciones, y en unas y otras había y hay narradores que recrean la intrahistoria. Somos tierra de existir y comunicar, hace siglos que por castillos, mercados y mesones circulaban lo heroico y lo amoroso, crónica de sucesos, prensa del corazón de la época, hechos reales aderezados con la fantasía. Por el camino de peregrinos corrieron mitos y leyendas de Europa. En las montañas de León y en los valles del Bierzo se aliviaba el arduo invierno con el cultivo sosegado de la ficción. Y en el oficio de contar y cantar, están los poetas líricos -o épicos- de León y Castilla, estela del frailecico descalzo cuando nos advertía: "A la tarde te examinarán en el amor"; la atormentada meditación de don Miguel de Unamuno en el San Manuel Bueno, mártir, sanabrés; o más próximo en el tiempo, el eco de la pregunta de Leopoldo Panero a la Divinidad, "Tú que andas sobre la nieve, Señor, dime quién eres, Tú que andas sobre la nieve".

Qué hombredad la poesía de castellanos y leoneses, lo digo pensando ahora en mi época joven, de escaseces. Y también, qué sacrificados sus poetas, que alguien decía mesetarios con deje de superioridad irónica. Otros poetas en nuestra misma patria, pero que vivían frente a mares abiertos y suaves, prosperaban ignorándonos y tenían visados y lenguas vivas, adornados de progresía. En León y en Castilla cantábamos la humildad de la pana y el tacto del adobe, la trébede y los rebuscas de las carbonilleras cremerianas. Nos dábamos calor unos a otros, y a veces comunicábamos -o soñábamos- con Portugal -"¡Qué bien huele Portugal!, el aire de sus pinares llega hasta Ciudad Rodrigo"- y me alegro de incluir en mi evocación a los vecinos fraternos. Actualmente, un periódico de Valladolid entrega pliegos que reproducen en facsímil sus viejas ediciones, regalo impagable para los sentimentales que seguimos escribiendo con pluma y tinta azul negra fija: "A la ciudad del Pisuerga ha llegado la embajada lírica de los poetas de Coimbra"; "En el Salón Pradera -año 1925-, conferencia del escritor lusitano don Antonio Nobre".

Portugal es un destino manifiesto de nuestros pasos igual que los portugueses encuentran casa y amistad en cualquiera de nuestros lugares.

Los sitios donde nacimos, señoras y señores, donde vivimos y acaso acabaremos con toda esta historia terrenal, podemos contemplarlos en los mapas, incluso en aquellos mapas mudos que nos ponían en la escuela para que espabilásemos a llenarlos de cordilleras y pueblos y ríos. Pero también a ciegas, con los ojos cerrados, sabemos palpar y reconocer sus contornos:

Ávila;

Burgos;
León;
Palencia;
Salamanca;
Segovia;
Soria;
Valladolid;
Zamora.

Podría glosar las prendas de cada una, en un parlamento floral que sería ajeno a mi estética y superior a mis fuerzas, pero lo primero que emite lo nombrado es el fulgor del nombre, por esto he querido recrearme en la mera recitación toponímica.

En las nueve capitales, en las ciudades recogidas -Astorga, Burgo de Osma, Ciudad Rodrigo- que mantienen su empaque episcopal, en las poblaciones que son reservorios de la poesía y el arte -Fontiveros o Villafranca del Bierzo, Sepúlveda o Urueña-, en cualquiera de las villas o pueblos de nuestro territorio autónomo que dicen el más extenso de Europa, los escaparates enseñan las mismas modas que en París de la Francia, los últimos ordenadores, teléfonos de ir por la calle conferenciando y gesticulando, y las chicas, cuando bailan, ya no bailan bajo la mirada atenta de sus madres en el casino. Pero es hermoso y confortador que en predios de la nación interna, en el año 2000, la nueva sociedad pueda descubrir junto a los signos deseables del progreso el color de vidrieras y piedras antiguas, el habla que se resiste cuanto puede a las agresiones de lo espurio, olores y sabores de los vinos y condumios de siempre. Que todo crezca, pero que nada de nuestra sustancia se pierda.

¡Oh luna, cuánto abril,
Qué vasto y dulce el aire!
Todo lo que perdí
Volverá con las aves.

Con el esperanzado cántico de Jorge Guillén, Señor Presidente, considero cumplido mi turno en la gala de los Premios de Castilla y León. He sacado razones del alma y pronuncié palabras de las que me gusta no sólo la esencia, también el zumo

que parecen dejar en los labios. Dejad que una palabra de esa estirpe ponga la rúbrica a mi discurso: España.